

ABEJAS

Las pusieron al lado de la carpintería. Tres colmenas. Tres troncos vaciados. En la parte de arriba de la casa. A Martintxo le decía su madre que no se acercara y que no se acercara a esa zona. Y de acercarse que lo hiciera sin hacer ruido, sin molestar a las abejas. Que las dejara tranquilas. Que pasaban todo el día trabajando y necesitaban descansar. Hacían buena cera y buena miel. Martintxo se acercaba de vez en cuando, siempre de puntillas. Cuando tenía ganas de comer miel. Metía el dedo índice en el agujero y mmmmmmmmmmmmmmmmm lamía y lamía el dedo jugando con su pequeña lengua. Un día, a escondidas, escuchó a su padre hablar con las abejas. Les preguntaba qué tal en el monte, si habían encontrado nuevas flores, si necesitaban ayuda...

Y así empezó Martintxo a hablar con las abejas; a cantar y a jugar con ellas... hasta que un día su madre le pilló.

- Oye, Martintxo, últimamente las abejas producen más miel que nunca. ¿Sabes tú por qué?

Y Martintxo lamió su dedo índice delante de su madre, le agarró del cuello, le dió un gran beso y sin decir nada bajó las escaleras saltando los peldaños de dos en dos.

Casi desde la cocina, desde el último peldaño de la escalera, Martintxo le gritó a su madre:

- Pregúntale al aita!